

Recursos de estilo y juegos literarios

SILVIA ADELA KOHAN

Guías + del escritor



Silvia Adela Kohan

Recursos de estilo y juegos literarios

Cómo dar fuerza y brillo a tu escri-
tura

ALBA

1. Entra y verás

Empleo mi vida en vagar por el camino mientras guardo las flores de las cuatro estaciones en mis pensamientos.

TAGAMI KIKUSHA

A partir de aquí entras en un territorio mágico. Te darás cuenta de que las *figuras de estilo* han jugado siempre un papel esencial en tu escritura y en tu vida, en el que no habías reparado. Es tu oportunidad de saber por qué recurrir a ellas como tus mejores ayudantes. El propósito no es usarlas como artificios, sino para poder decir lo que necesitas con naturalidad, como hacen los maestros.

En principio, cuando mi editora me propuso el tema, desfilaron por mi mente los áridos manuales existentes desde mis años de estudiante. Y puesto que ya tenía una experiencia previa similar con *Puntuación para escritores y no escritores* y *Gramática para escritores y no escritores*, que curiosamente son los más vendidos, recurrí al método de darle la vuelta y lo convertí en un tema placentero, ya verás. Me pregunté: «¿Desde dónde lo abordo para que se me revele algo sorprendente que no haya dicho nadie sobre los secretos del estilo?».

La pregunta me abrió el camino hacia el asombro y la diversión.

Pasa y comprueba que con los recursos del lenguaje escribes más y mejor

Una de las cuestiones más complejas en la vida es comunicar a los demás un pensamiento o un sentimiento: que el interlocutor no lo malinterprete y el diálogo avance sin interferencias. Para ello, solemos apelar –inconscientemente–

a las comparaciones, a las personificaciones, a la exageración, a la metáfora, a la elipsis y a tantas otras formas de los numerosos recursos que nos ofrecen las palabras. De hecho, cada persona tiene una conexión profunda entre su manera de ser y alguna figura retórica; por lo tanto, hacerlo a partir de ahora de manera consciente y ampliar el territorio conocido es la propuesta.

Surgieron así los diversos apartados referidos a la funcionalidad de cada recurso, un kit muy variado –figuras de construcción, de sentido, artificios sonoros, lexicales, de pensamiento, de sustitución, juegos de palabras, recursos míticos–, con una lista de «usos muy útiles», ejemplos, propósitos para su elección de los escritores experimentados, y ejercicios inspiradores.

Y comprobé que no hay temas aburridos, hay formas aburridas de contarlos. Y que no hay situaciones aburridas. Hay maneras aburridas de vivirlas.

Pasa y sabrás cómo expandir tu campo creativo

La meta es realizar una experiencia viva sobre las posibilidades del lenguaje. Fluir no es escribir mucho, como creen algunos. Es escribir con naturalidad, gracias a los recursos que circulan por este libro. Puedes abrirlo al azar y dar con lo que no esperabas o buscarlo sabiendo qué necesitas decir, a qué interlocutor, nutrir un texto que ya tienes esbozado y ampliarlo, condensarlo, ajustar el tono o el ritmo.

Pero atención: si escoges un recurso en especial, no descartes la posibilidad de combinarlo con otro que lo potencie o que te permita manifestar de un modo más convincente o novedoso eso que te bulle dentro. A menudo, unos sostienen o completan a los otros. Los más usuales subrayan lo fónico, la estructura y el significado o campo semántico. No es posible situar de modo exclusivo cada una

de estas figuras en estos tres campos porque suelen incidir también en otros.

Pasa al SALÓN DE LOS MAESTROS y verás sus beneficios en vivo y en directo

No dudes en copiarlos: como hacen los pintores, los escritores deberían ser copistas en sus inicios, y también más adelante. Lo dice André Malraux: «El artista que pinta manzanas no lo hace porque ame las manzanas, sino porque se ha enamorado de la manera en que Cézanne pintaba las manzanas». De eso se trata, y de superponer a uno y a otro hasta que de la mezcla asomen detalles que identifiques como propios.

2. Del camino interior hacia tus mejores recursos: «El estilo soy yo»

El estilo es la capacidad que uno tiene para entender los pensamientos.

RICARDO FIGLIA

El estilo y la estructura son la esencia de un libro; las grandes ideas son idioteces.

VLADÍMIR NABÓKOV

El estilo es el resultado de la emoción y la percepción. La capacidad de transferirlas al papel lo convierte a uno en escritor.

RAYMOND CHANDLER

Al principio, sientes que trabajas con una enorme piedra a la que hay que cincelar, la materia del lenguaje es tosca, avanzas un poco a ciegas. Mientras tanto, las figuras de estilo y los juegos creativos te ayudan a alcanzar la soltura y el tono decisivo: cuando al fin encuentras la coincidencia entre tu mundo interno y la atmósfera del texto, percibes la sinceridad de esa atmósfera, te invade la dicha (que se refiere a una variante de la felicidad), pero –por si no lo sabías– etimológicamente la palabra proviene del latín *dicta*: las cosas dichas, o sea, que poder decirlo está asociado a la dicha. Sin embargo, aquí cabe una advertencia que solemos olvidar: cada persona interpreta o asocia a su manera íntima cada palabra que escucha.

La correlación acertada entre el deseo de que tu interlocutor capte esa interpretación personal y las figuras retóricas que escoges para ponerlo de manifiesto es lo que particulariza tu estilo.

¿Qué son?

Las figuras retóricas son formas de utilizar las palabras que, a pesar de que mantienen sus acepciones habituales, se alejan del uso habitual, debido a los cambios fónicos, gramaticales o semánticos que las particularizan.

Y como escribir no es copiar la realidad tal cual es en el orden o el modo que suceden los hechos, sino otorgarle un sentido esclarecedor o entretenido para el lector y la lectora, cada recurso contribuye a una modificación del uso habitual del lenguaje y al propósito de alcanzar una expresión innovadora.

Te permiten conseguir la meta que te propongas: persuadir, enseñar, entretener, emocionar, hacer reflexionar, inquietar, sugerir, etcétera.

¿Cuáles son esas metas en algunos casos específicos?

En el mundo de la publicidad, la meta es la persuasión; en el periodismo, la urgencia por atraer y mantener la atención del lector; en la ciencia, la claridad y el rigor; en la literatura, las metas son diversas, y con las figuras de estilo puedes expresar las sensaciones y dosificar sabiamente el silencio.

Si observas con atención a medida que lees cualquier tipo de texto, comprobarás que si capta tu atención no solo será porque el tema te interesa, sino por los recursos estilísticos que contiene.

Cada uno de los que incluyo en estos capítulos produce un efecto particular y desempeña determinadas funciones, que aclaro en cada caso.

¿Y los tropos?

Los tropos se diferencian del resto de las figuras porque los cambios de significado aparecen en los elementos lingüísti-

cos empleados, como en el relato «No se culpe a nadie», donde la palabra principal es «pulóver» y otra figura, el contraste, cumple su función: pasa de ser algo placentero (da calor y abriga del frío), a ser algo macabro (conduce a la muerte), aludiendo a la etimología inglesa de la palabra «pull-over»: «acercar tirando/derribar, volcar». Es decir, que en «No se culpe a nadie» en el significado y el significante de la palabra pulóver está presente un juego mortal con las palabras.

¿De dónde provienen?

La elección de las figuras de estilo proviene de una necesidad consciente o inconsciente del escritor. Por consiguiente, prueba hasta dar con los recursos que te resulten más afines a tu temperamento, como medios idóneos para tirar del hilo y que se te revele algo más de ti.

Uno cree saber quién es y quiénes son los otros, pero, como nunca llegamos a alcanzar del todo ese conocimiento, saber qué recursos nos resultan más afines o más placenteros o simplemente descubrir los que usamos a menudo son caminos que nos permiten averiguar a qué se debe que elijamos unos y rechacemos otros. Cada recurso puede provenir de una predisposición personal.

Cuando supones que escribes sobre aquello que te inquieta o te causa interés y sin embargo el efecto de lo que escribes no muestra esa intención, prueba con otro recurso o con más de uno. Es una manera de forjar tu estilo literario y acotarlo, escribir lo que tal vez no sabías cómo decir y, por lo tanto, no decías.

Debido al hecho de que transgreden la lógica (la retórica se inició en la Grecia clásica y se define como el *ars bene dicendi* o la técnica de transgredir el discurso habitual mediante recursos expresivos o estilísticos para lograr distintos

propósitos: persuadir, destacar, emocionar, sugerir), los recursos te permiten además dar con un tono emocional que no deja indiferente al lector y, en consecuencia, darán originalidad a la prosa o al poema.

Para ello, tienes que adquirir conciencia lingüística. Es decir, que una historia puede concebirse en la abstracción del espacio mental, pero a continuación hay que llevarla a las convenciones de un lenguaje literario: de la pluridimensionalidad de la realidad a la unidimensionalidad del lenguaje. En este sentido, le otorgas sentido a esa idea y evitas la insipidez narrativa.

Así, enfoca al protagonista de tu novela desde el lugar y el recurso que pide: ¿compararlo con otro?, ¿evocarlo con una imagen sensorial determinada?, ¿presentarlo mediante una metonimia?, ¿emplear determinados juegos verbales para indicar sus acciones? Si es un ensayo, tienes que saber a qué tipo de lector te diriges. Los recursos escogidos serán los que otorguen credibilidad a tu planteamiento y, convencer a dicho lector. Si es tu autobiografía, colócate en el lugar de la verdad acerca de lo que quieres dejar sentado. Siempre vendrá en tu ayuda una figura de estilo; tienes que averiguar cuáles te convienen para poner de manifiesto tu verdad emocional.

¿Cómo se transmite la verdad emocional?

A través de la voz propia que, precisamente, se nutre de las figuras de estilo.

El consejo de Siri Husdvedt: «Las historias provienen de uno mismo, de un lugar interior, eso es evidente, pero la protagonista de la novela (se refiere a *Un verano sin hombres*) es muy diferente a mí. Para mí ha sido muy divertido crear a Mía, tuve que encontrar su voz y la manera de ser de ella, yo no hablo ni me expreso como ella. Una vez que le encontré la voz se convirtió en una referencia musical y a partir de ese momento comprendí que ya tenía el libro. La

imaginación humana es un acto de autoconciencia que nos permite imaginar a otras personas y nos permite reescribir nuestra propia historia. Para mí, escribir ficción es como recordar, pero no tiene que ver con la verdad literal de las cosas, sino con la emocional».

El autoconocimiento: el estilo soy yo, pero ¿cómo soy?

Sin duda, los recursos expresivos del lenguaje determinan nuestro paso por el mundo. Se podría diseñar un mapa desde que nacemos hasta que salimos de la vida. En parte, uno traza este mapa naturalmente palabra tras palabra, pronunciada hacia fuera y hacia dentro, y quien lo hace por escrito debería tratar de ser consciente de los rasgos principales de su mapa lingüístico. De allí proviene el estilo personal. Descubrir, entre otras variantes, qué palabras usamos en mayor proporción: adversativas copulativas, comparativas, contrastes, frases subordinadas o lacónicas, etcétera. Recorre tus escritos buscando este tipo de marcas y lo sabrás.

Debido a las marcas de su manera de hablar, la policía científica pudo identificar al secuestrador de una chica en Madrid.

El autoconocimiento de ciertos rasgos propios (nunca todos porque son muchos e inesperados los que forman parte de nuestra personalidad) te indican desde qué actitud cuentas la historia: unos dicen mucho con poco y otros necesitan extenderse incorporando a un discurso esencial toda clase de figuras que les permitan manifestar esa necesidad imperiosa de expansión. Sí: tiene que ser una necesidad imperiosa y fundamentada o justificada para que el lector se interese y siga recorriendo la selva hasta el desenlace.

Dice José Saramago: «Podemos escribir mil páginas so-

bre nuestra vida, pero al final seguiremos sin saber quién somos. El drama, la duda que no tiene respuesta es: "¿Quién soy yo?". La novela plantea esto, es decir, cuando la novela comienza todos más o menos creen tener una idea sobre ellos mismos, pero a medida que avanza la seguridad que los personajes creían tener sobre su identidad se tambalea. El yo decididamente se tambalea, no existe. Si existiera sería algo constante, permanente a lo largo de toda nuestra vida, pero el niño que fuimos quedó atrás igual que el adolescente o el adulto y hemos ido cambiando. Por muchos puentes que uno construya en dirección al otro no llegará nunca a saber quién es. Si uno no sabe quién es, ¿cómo va a saber quién es el otro?». Sobre esta creencia desarrolla buena parte de su producción literaria, no deja de escribir y de apelar a los más diversos recursos.

El consejo de Gertrude Stein: «Piense en la escritura en términos de descubrimiento, que es lo mismo que decir que la creación no debe producirse antes, en el pensamiento, o después, al darle nueva forma. Sí, es cierto que primero es un pensamiento, pero no debe ser una idea elaborada. Si está ahí, y si lo deja usted salir, saldrá, y lo hará en forma de una experiencia creativa repentina. No sabrá cómo ocurrió, ni siquiera de qué se trata, pero será una creación si surge de usted y de la acción misma de escribir, y no de un trazado arquitectónico previo de lo que quiera hacer. La técnica no es tanto cuestión de forma o estilo como del modo en que surgen ambos, y de cómo lograr que lo hagan de nuevo. Si uno permite que la fuente se hiele, siempre quedará el agua helada, saltando hacia el cielo y cayendo hacia el suelo, su movimiento congelado. Estará allí para verla, pero ya no manará. No es posible introducirse en el útero para dar forma al niño: está allí dentro, se hace a sí mismo y surge completo. Existe y uno lo ha hecho y lo ha sentido, pero ha venido por sí mismo. Eso es el reconoci-

miento creativo.

»Hay que saber lo que se desea obtener, pero una vez descubierto, y si parece alejarnos del camino, nada de echarse atrás, porque quizá sea ahí donde instintivamente queremos estar. Quien se vuelve atrás e intenta permanecer para siempre donde siempre ha estado hasta entonces se seca.

»El hecho de que usted no sepa adónde iría si pudiera hacerlo significa que en realidad no podría llevarse consigo nada al lugar donde fuese y, consiguientemente, que no habría nada allí hasta que usted lo encontrase y que, una vez lo hiciese, resultaría ser algo que usted mismo había llevado y creía haber dejado atrás. Eso sería también un acto de reconocimiento creativo, porque tendría todo que ver con usted y nada con el lugar.

»La forma de volver a empezar algo es volver a empezar-lo. No hay otro camino. Empezar de nuevo. Si siente profundamente, el libro emergerá de usted con tanta intensidad como la que tenga su sentimiento en su momento más elevado, y nunca será más profundo ni más auténtico que ese sentimiento. Pero usted no sabe aún nada acerca de su sentimiento, porque aunque pueda creer que todo está ahí dentro, cristalizado, no lo ha dejado manar. ¿Cómo saber lo que lleva dentro? Sin duda, lo mejor será algo que en realidad usted no conoce aún. Si lo conociese todo ya, no se trataría de un acto de creación, sino de un dictado. Un libro no es un libro hasta que está escrito, y uno no puede decir que está escribiendo un libro cuando todo lo que hace es escribir sobre hojas de papel y sigue sin aflorar todo lo que se lleva dentro. Hay que dejarlo fluir interminablemente».

La esencia de la retórica se basa en la posibilidad de ocultar, modificar, simular o adornar la presentación de los hechos. Por lo tanto, es también un kit de herramientas útiles

para el psicoanalista. Freud recurría a las figuras retóricas para explicar la manifestación enmascaradora del contenido que al inconsciente le interesa liberar. Según Benveniste: «El inconsciente emplea una verdadera “retórica” que, como el estilo, tiene sus “figuras”, y el viejo catálogo de los tropos brindaría un inventario apropiado para los registros de la expresión».

Eufemismo, alusión, antífrasis, preterición, litotes, metáfora, metonimia, sinécdoque y elipsis son algunas de las figuras comunes a la manifestación del sueño, por ejemplo, y a la manera en que «el inventor de un estilo conforma la materia común» y se libera de ella, pues «el inconsciente es responsable de cómo el individuo construye su persona, de lo que afirma y de lo que rechaza o desconoce». Y dice Freud: «Cuanto más difícil de entender es un sueño, más importante es centrarse en el desplazamiento».

Ten en cuenta esta convicción de Stephen Hawking: «La inteligencia es la habilidad para adaptarse a los cambios».

¿Cuál es la clave para dar con tus figuras de estilo?

Soltarte, dejar fluir el instinto narrativo.

Rescatar las resonancias que cada palabra te provoca.

Confeccionar listas diversas de resonancias.

De esas listas, extrae las que percibas que te conducen a una de tus creencias o al menos se acercan a una imagen que te obsesiona, a una sensación que te persigue o a una revelación inesperada.

Tira de ese hilo.

Reconoce tu convicción más profunda y escoge el recurso más afín para expresarla, como hizo Javier Marías que escogió el uso de la negación como recurso de estilo a partir de esta convicción: «Las mejores historias son las que no explican todo: conviene mantener áreas de la ficción en la pe-

numbra para iluminar la realidad. Son como nuestras vidas, de las cuales conocemos hasta donde hayamos llegado y así y todo esta parte es parcial e incompleta. Cuando dejas una parte del relato en el aire, adquiere una resonancia mágica en el lector que sigue deambulando y rumiando entre esos ruidos que le han quedado. Por el contrario, hay libros muy entretenidos que dicen todo, y por eso desaparecen de tu memoria».

Adelante, pues.

Una maleta cargada de sorpresas

Las figuras literarias te permiten provocarle sensaciones al lector. Interésate por ellas con curiosidad, con espíritu lúdico y desde tu verdad.

Mediante estas herramientas, se logra que cada relato, cada poema, cada ensayo sean la puesta en escena de un nuevo modo de expresar los temas de siempre a la manera de cada cual y según su intención.

La elaboración poética de la palabra tiende a producir resultados insólitos en su acercamiento. Cuando la expresión nos hace evocar, por asociación de ideas, en un contexto, un segundo y hasta un tercer o cuarto significado estamos ante la connotación, y es a través de ella como aparece la imagen. Es decir, que la palabra, como moneda de uso cotidiano, es el material del poema, pero trabajado como masa de sentido (virtud proteica e imagen) y como masa de sonido (fuerza plasmadora rítmico-melódica).

Octavio Paz lo confirma: «La célula del poema, su núcleo más simple, es la frase poética». Su unidad es el ritmo. Y la frase poética existe en el lenguaje connotativo. «La palabra es un camaleón que nos muestra matices y aun colores distintos.»

Helena Beristáin lo manifiesta así: «Los tropos constituyen

el medio más violento de connotación. Merced a su utilización sistemática, el lenguaje poético alcanza su mayor condensación; una densidad que es al mismo tiempo intensa y profunda».

Para hacerlo a tu manera

Mediante el lenguaje, concretas, haces visible, comunicas dependiendo de tu actitud, tus estímulos, tus sueños y tus deseos, de tus modos de conexión con el entorno, tus detenciones en cada pausa; tus ideas, tus marcas, del flash inicial; de las palabras adecuadas, las únicas que pueden decir lo que pretendes. Para descubrir caminos no explorados y construir algo que todavía no existe y así reformular conceptos. Y predisponerte a escribir algo que nadie haya escrito antes, hacerte preguntas, frivolar, ridiculizar, exagerar, comparar, replantear, redefinir, reconstruir. Según el modo en que utilices la sintaxis, tu texto se aproximará más a la prosa que a la poesía o viceversa. De aquí proviene, entre muchas otras variantes, la exuberancia del verso libre de Whitman o la hermética condensación de Ungaretti.

El diccionario define la palabra *recurso* como fuente o suministro del cual se produce un beneficio. La definición otorga una información, pero limita en el aspecto creativo. Por consiguiente, busca el sentido íntimo que le darías tú. Ve al diccionario de sinónimos: *recurso*: medio, subterfugio, procedimiento, táctica, técnica, modo, manera, capital, fortuna, talento, ingenio. ¿Alguno coincide con tu percepción?

Dice Coetzee: «*Madame Bovary* es la historia de una francesita sin importancia –esposa de un inepto médico rural–, quien tras un par de relaciones extramatrimoniales, ninguna de las cuales funciona bien, y después de hundirse en deudas para pagar artículos de lujo, desesperada toma veneno para ratas y se suicida. El trayecto que media entre esa sín-